

HISTORIA

Con la incorporación de Tenerife a la Corona de Castilla, el Adelantado Alonso Fernández de Lugo procedió al reparto de tierras y aguas entre los conquistadores. La población se fue asentando mayormente, en la franja norte de la isla, debido a su mayor riqueza agrícola, a pesar de la existencia de un gran ingenio de azúcar en el Valle de Güímar o Valle de las Higueras.

Se realizaron repartimientos de tierra y aguas en zonas del actual Arafo a personajes destacados de la conquista, como el concedido el 10 de junio de 1503 a Gonzalo de Mejías, o la dada a Hernando de Fuentes el 29 de noviembre de 1504.

En 1509, Gonzalo de Mejías, ya con el título de gobernador de la Gomera, traspasó agua y tierras al convento agustino del Espíritu Santo, con sede en La Laguna, que a partir de entonces sería el principal propietario del lugar. Los agustinos canalizaron las aguas del nacimiento de Añavingo y pusieron en explotación agrícola las tierras de Arafo.

Los nuevos pobladores continuaron asentándose a lo largo del siglo XVI y se considera al barrio de “El Aserradero”, topónimo en clara alusión a la actividad maderera y a la zona de “Perdomo” como los núcleos iniciales del pueblo.

El siglo XVI en Arafo tenía en los Núñez al grupo familiar más importante. Se puede considerar como fundador de la localidad a Juan Núñez, quien al finalizar la contienda solicita del Adelantado una data de terrenos con agua del nacimiento, acrecentada el 20 de noviembre de 1517 por un nuevo reparto. Años después su primogénita Catalina Núñez casará con Tristán Báez, natural del término de Ampurias (Gerona), con el que procreará un total de 8 hijos, formando uno de los matrimonios más poderosos del valle.

Por otra parte, los frailes agustinos se continuarán favoreciendo de amplias donaciones de fincas. Estos religiosos introducirán en la incipiente aldea la devoción por San Agustín, pero al no tener parroquia propia, los vecinos acudían a cumplir sus obligaciones sacramentales a la establecida en la cueva de San Blas en Candelaria, fundada desde 1543 y luego a la iglesia de Santa Ana del mismo lugar. Sin embargo, el temor a los ataques de corsarios motivó que en 1630 se unificara toda la feligresía del valle en la parroquia de San Pedro. No obstante los vecinos de Candelaria y Arafo se resistieron a acudir al pueblo colindante y sostuvieron un largo pleito con el beneficiado de Güímar. El litigio se resolvió con la creación, probablemente el año 1643 en la iglesia de Santa Ana de Candelaria, de

una ayuda de parroquia dependiente de Güímar y con jurisdicción sobre Arafo, en la que se podía decir misa y administrar los sacramentos.

La prosperidad agrícola de la comunidad, acrecentada en la segunda mitad del siglo, permitió a los residentes poder afrontar los gastos de sustento de una ermita, que fue construida entre 1672 y 1690. Se dedicó a San Juan Bautista, pues un temporal había arruinado la que existía bajo esta advocación en el barrio de San Juan de Güímar, sin embargo, para distinguirla de aquella se matizó que se trataba del patronazgo del Bautista en su martirio, es decir, la Degollación.

A comienzos del siglo XVIII, Arafo experimentó un sensible crecimiento en lo que a su producción agrícola se refiere, prosperidad que incidió favorablemente en la progresiva toma de conciencia de los araferos como pago independiente; y mientras procedían al engrandecimiento y enriquecimiento de la primitiva ermita, inician en 1738 los trámites para erigir una parroquia propia.

La erupción del volcán de las Arenas en 1705 influyó decisivamente en la configuración urbana de Arafo ya que el casco se desplazó más hacia el norte, huyendo de los áridos malpaíses, sobre todo hacia la zona de los alrededores de la nueva iglesia, que se convirtió en la más poblada.

A pesar de que las condiciones de vida de los naturales eran realmente precarias, el pueblo experimentó un ligero aumento de población a mediados de siglo, ya que pasó de 440 habitantes en 1733 a 554 en 1779.

En 1785 un grupo de vecinos solicitan del Tribunal de Justicia el correspondiente permiso para crear una parroquia en el pueblo y en 1793 presentan un memorial al obispo Antonio Tavira y Almazán. Así llegamos al 17 de octubre de 1795 en que el prelado decretó la creación de la parroquia de San Juan Degollado, independiente de la de Santa Ana en Candelaria, que a su vez era una parroquia filial del Beneficiado de Güímar. El primer sacerdote fue el diligente religioso güímarero Antonio Rodríguez Torres, que daría sustento espiritual a sus feligreses durante 53 años.

Lograda la segregación parroquial, los vecinos de Arafo van a insistir en la desmembración civil de Candelaria y en poder elegir cargos públicos en el propio pago aunque, eso sí, dependientes del Cabildo de La Laguna. Esa elección se verifica por vez primera el 1 de enero de 1798 siendo Felipe Marrero el primer alcalde pedáneo del lugar. Sin embargo, esa dependencia desaparecerá a raíz de la aprobación por las Cortes de Cádiz de la Constitución de 1812. Como consecuencia de ello se establece al año siguiente la Diputación Provincial en Santa Cruz de Tenerife y en años sucesivos la provincia se dividirá en municipios teniendo en cuenta las parroquias que existían en ella.

El suceder concejil en la primera mitad del siglo XIX estuvo condicionado por las profundas crisis económicas que padecieron las diversas corporaciones araferas. Crisis agravadas por la caída del comercio de exportación como consecuencia de la independencia de las colonias españolas, a lo que hay que unir una estructura agraria anquilosada, en la que la mayor parte de las tierras estaban gravadas con diferentes censos abonados a varios conventos. Con la Desamortización, los vecinos de Arafo fueron redimidos del pago de estos tributos, aunque la propiedad de la tierra y aguas pasó a manos de unas pocas familias -especialmente la Batista- que eran las auténticas detentadoras del poder político y económico local.

En la segunda mitad de siglo, el pueblo experimentó un notable aumento demográfico que influyó en la expansión urbana hacia el volcán. Empieza a surgir en las autoridades locales una creciente preocupación por el adecentamiento de las vías urbanas y de los canales de riego. Además se acometen mejoras en el suministro de agua potable y se crean escuelas de instrucción primaria, para niños en 1845 y para niñas en 1861, aunque el 82 por ciento de la población era analfabeta.

Las estructuras caciquiles, fuertemente consolidadas independientemente del régimen político imperante, se pusieron de manifiesto de una manera virulenta en las agitadas elecciones de 1868, al avivarse una serie de tensiones entre dos sectores políticos enfrentados, cada uno de los cuales eligió su propia junta de gobierno, llegando a coexistir dos Ayuntamientos durante varios días. Tras graves incidentes en los que intervino la fuerza pública y en una decisión que no satisfizo a ningún bando la situación se resolvió cuando el Gobernador Civil decidió restablecer la corporación liberal que regía en 1856.

En 1877 se contabilizaban 1.849 araferos, aunque a partir de ahí, se produciría un receso importante de habitantes, debido a la numerosa emigración a América, intensificada con la crisis de la grana, con lo que en 1881 la población descendería a 1.397 habitantes. Esa diáspora de población se cerró parcialmente a fines de la centuria, cuando en Arafo se consolidó un floreciente comercio de exportación, en los que la papa y el tomate eran los productos más demandados en los mercados exteriores, dominados por el capital inglés.

Los trabajos de reparación de caminos se suceden y ya desde la década de los 70 la compañía de transportes de viajeros de Juan Antonio Díaz comunica diariamente Santa Cruz con Arafo, en un trayecto de 50 kilómetros. Pero será un descendiente de araferos, Juan García del Castillo, conde de Belascoaín, el que desde su puesto como parlamentario liberal gestione en 1893 la construcción de un ramal que unirá el pueblo con la

carretera general del sur, que se concluyó en 1896. Importantes caminos de herradura enlazaban Arafo con Santa Ursula y La Orotava, pero, paradójicamente, el sendero que llevaba a Güímar presentaba una situación penosa, ya que debido a la estrechez era sólo transitable a pie y como mucho a caballo. Desde 1912 comienzan las diligencias para abrir la demandada vía, pero no será hasta 1942 cuando se comiencen los trabajos aprovechando la mano de obra de un batallón de trabajadores penados del derrotado ejército republicano. En los años setenta se trazarán dos importantísimas carreteras, la que uniría el barrio de La Hidalga con la autopista del sur y la que enlazará el casco urbano con la dorsal de la cumbre.

Con el siglo XX se puso de relieve la necesidad de dotar al pueblo de alumbrado público, aunque el tendido eléctrico se instalaría hacia 1931, adjudicado mediante subasta a la Compañía Eléctrica de Arafo, si bien el barrio del volcán se vino a electrificar en 1936.

El nuevo siglo no tendría un buen comienzo para los montes de Arafo, ya que en 1901 “Abarzo” es incendiado. Si a ello unimos la progresiva deforestación que llevó a limitar los aprovechamientos forestales, no es extraño que se plantease desde 1910 llevar a cabo una repoblación, que no se haría hasta 1939 cuando se plantan 3.000 piñones en el lomo de “Abarzo”. En 1950 se replantarán el monte comunal conocido como “Valle del Roque” y “La Cumbre” y en 1953 se procederá a hacer lo mismo con el “Monte Verde”.

Con los años cincuenta en marcha se realizarán en Arafo una serie de mejoras en su equipamiento urbano como el edificio de la Obra Social del Movimiento, la instalación del servicio de aguas potable, asfaltado de calles, ampliación y mejora de la plaza José Antonio, la terminación del edificio para escuelas y Ayuntamiento o la construcción de un grupo de viviendas de renta limitada en el barrio del Carmen. La población continúa su lento aumento hasta llegar a los 3.194 habitantes en 1954, pero a partir de la mitad de la década hay una recesión en la que ha influido la emigración hacia el extranjero, principalmente Venezuela. De 3.078 habitantes de 1956 se pasa a 3.086 habitantes en 1958.

Arafo ya cuenta con 3.684 vecinos en 1970 y 3.952 en 1974. A partir de ese año se inician una serie de obras como el nuevo grupo escolar, la plaza del Carmen, electrificación de ese barrio y del Carretón, limpieza y pavimentación de calles así como su rotulación y numeración. Además se acomete uno de los trazados urbanísticos más polémicos de la historia de Arafo: la apertura de las calles Los Sabandeños y Rafael Clavijo, Avenida Reyes de España y calle Capitán León. El pueblo obtendría en esos años varios premios de embellecimiento en el ámbito insular y estatal en 1981

con el Segundo Premio Nacional de Turismo de Embellecimiento y Mejora de los Pueblos Españoles. Como colofón a todos estos reconocimientos el Gobierno de Canarias le concede el título de Villa en 1983.

La población pasa a 3.921 habitantes en 1988 y en 1990 se remodela la plaza José Antonio, retomando la edificación de un kiosco para conciertos en el centro de la misma, tal y como existía antaño. En 1992 se informa favorablemente para la ubicación de una bodega comarcal en el municipio y en 1994 se van a terminar obras de gran importancia como el Centro Turístico, Artesanal y del Agricultor, el nuevo Centro Sanitario y el Auditorio “Juan Carlos I”, Conservatorio y Locales de Ensayo, inaugurado solemnemente por los Reyes de España el 24 de junio de 1994.

Arafo goza de una gran tradición sociocultural, con afamados centros recreativos. El más antiguo es el Casino “Unión y Progreso”, fundado en febrero de 1906. Le siguió el 13 de junio de 1914 el “Club Central”, con el que mantuvo un enconado antagonismo y que fue clausurado en 1939. Más recientemente se creó el “Centro Cultural y Recreo”, concretamente el 22 de agosto de 1965.

Arafo es conocido en toda la geografía regional por su gran tradición musical, pero no sólo este noble arte ha ocupado los ratos de ocio de los araferos; también eran habituales las actuaciones teatrales por lo menos desde finales del siglo XIX por parte de cuadros de aficionados locales. En la actualidad, esta faceta artística perdura a través de la Escuela Municipal de Teatro. Además, en los últimos años el Ayuntamiento ha querido recuperar y potenciar diferentes hábitos artesanales que estaban en desuso o en franca decadencia a través de diversas Escuelas Municipales, con gran número de alumnos, que muestran al público sus creaciones en las exposiciones anuales durante las fiestas patronales.